

Confiad. ¡Yo he vencido al mundo!

Dr. Justo L. González



© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Confiad. ¡Yo he vencido al mundo!

La escritura bíblica: Jn. 16:1-4, 32-33

Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo. (Juan 16:33)

Las últimas palabras de los grandes personajes de la historia pueden verse a veces como testamentos en los que dejan su herencia para la posteridad. “Mis funerales serán sangrientos”, se cuenta que dijo poco antes de morir Alejandro el Grande, a cuyos pies cien naciones, desde Grecia hasta las fronteras mismas de la India, rindieron sus pendones. Con esas palabras indicaba el gran conquistador que no había entre sus generales uno solo digno de ser su heredero, y que a su muerte el vasto imperio que había conquistado en unos pocos años se sembraría en unos pocos meses. El conquistador cuyas falanges bañaron de sangre los campos de Europa y Asia les dejaba a esas falanges herencia de sangre.

“Qué gran artista pierde el mundo”, se cuenta que dijo el tirano Nerón cuando, destronado y fugitivo, se quitó la propia vida. Y en esas palabras se resume la locura funesta que fue causa de tanto crimen y tanto dolor.

Y el poeta encarcelado y condenado a muerte le confía a una pasajera golondrina su soledad y desesperación:

No busques volando inquieta
mi tumba oscura y secreta,
golondrina, ¿no lo ves?
¡En la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés!

Si a cualquiera de nosotros se nos dijera que estábamos a punto de morir, y que no teníamos oportunidad más que para unas pocas palabras con nuestros seres queridos, haríamos todo lo posible porque esas palabras expresaban la esencia misma de nuestra vida y de nuestras esperanzas.

Ahora bien, en el Evangelio de Juan las palabras que acabamos de leer son las últimas que Jesús les dirige a sus discípulos antes de su arresto, juicio y crucifixión. Estas palabras son las últimas del capítulo 16. El 17 contiene la oración de Jesús por sus discípulos. Y en los primeros versículos del 18 se nos cuenta cómo Jesús fue arrestado en el huerto. Por ello, estas palabras son como el testamento que Jesús les deja a los discípulos porque sabe que ha de ser arrebatado de en medio de ellos.

En las horas y los días que han de seguir, los discípulos verán a su Señor arrestado, azotado, escarnecido y crucificado. Tras verle hacer milagros, tras escuchar su doctrina inspirada, tras oírle decir que El y el Padre son uno, van a verle traicionado por uno de entre ellos, arrestado por soldados romanos, acusado por los jefes de Israel, y condenado a morir como un vil malhechor. Por eso, para que todo esto no les tome por sorpresa, Jesús les advierte a sus discípulos: “Todavía un poco, y no me veréis”. Y les dice que su propia muerte, resurrección y

ascensión son el preludio para la dádiva de otro Consolador, el Espíritu Santo: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”.

“En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo”. Al borde mismo de lo que podría parecer la más desastrosa derrota, Jesús les advierte a sus discípulos: “confiad, yo he vencido al mundo”.

Pero Jesús no está preparando a los discípulos únicamente para su propia muerte y crucifixión. Les está preparando también para los sufrimientos que han de ser la herencia de quienes sigan al Señor de la cruz. Al principio del capítulo, les dice: “Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.”

No es solamente Jesús quien ha de enfrentarse a la injusticia y la cruz. Sus discípulos también se verán obligados a hacer lo mismo. Y, si no recuerdan las palabras de Jesús, corren el riesgo de tropezar. “Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo”.

Para entender a cabalidad la terrible posibilidad de ese tropiezo, debemos empezar por

entender que Jesús les está diciendo a los discípulos que serán perseguidos por personas faltas de religión. Al contrario, lo primero que les dice es que serán echados de las sinagogas. Las sinagogas eran para los judíos como son las iglesias para los cristianos de hoy. Lo que Jesús les está diciendo a los discípulos es que los primeros que les van a rechazar son los religiosos de su época. A primera vista, pudiera parecer que Jesús está condenando al judaísmo. Pero si leemos todo el Nuevo Testamento vemos claramente que Jesús asistía a la sinagoga, que no rechazaba el título de rabino, y que constantemente citaba las palabras del Antiguo Testamento, las Escrituras judías. Estas gentes que han de perseguir a los cristianos no son ateas. Al contrario, lo que sucederá será que “cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios”. Los cristianos serán perseguidos en nombre de Dios. Serán perseguidos a base de citas de la Biblia. Serán perseguidos por personas religiosas que sin embargo, advierte Jesús, “harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”. La persecución, por extraño que nos parezca, no vendrá en primer lugar de los ateos ni de los paganos, sino de los propios hijos de Israel. En vista de ello, no ha de sorprendernos el que Jesús vea la necesidad de advertir a los discípulos “para que no tengáis tropiezo”.

Traigamos las palabras de Jesús al día de hoy, y veremos por qué era tan grande el peligro de tropiezo. La mayor parte de nosotros, como cristianos fieles y convencidos, sabemos que hemos de tener conflictos con los malvados, con los ateos y con los pecadores empedernidos. Pero, ¿qué diríamos si Jesús nos dijera que nos iban a echar de las iglesias, de esta misma iglesia que hoy se reúne en magna celebración, y que los que nos expulsan pensarán que lo hacen en

nombre de Dios?

Eso, nada menos que eso, es lo que Jesús les está diciendo a los discípulos. La angustia que habrían de sentir ellos al ser expulsados de sus sinagogas sería semejante a la que sentiríamos nosotros de ser expulsados de nuestras iglesias. Y es por ello que son necesarias las palabras de consuelo y dirección: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

Examinemos estas palabras con mayor detenimiento.

Lo primero que estas palabras nos dicen es que el lugar donde Jesús espera que los discípulos estén es “en el mundo”. Jesús no les dice estas palabras para que se aparten del mundo, o para que sepan que el mundo no cuenta, o para que sepan que en fin de cuentas el mundo no es su lugar propio. No, sino que, al contrario, Jesús da por sentado que los discípulos han de estar en el mundo. Han de estar en el mismo mundo en que viven los que los van a echar de las sinagogas, los que los van a matar pensando que con ello sirven a Dios, los que no conocen al Padre ni al Hijo. En el versículo 28, Jesús les dice a sus discípulos: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo al mundo, y voy al Padre”. Pero lo que entonces les dice a los discípulos en todo el resto del capítulo no es que ellos también deban dejar el mundo, sino que han de quedar en el mundo, a donde será enviado otro Consolador. Y que en ese mundo, aun teniendo ese otro Consolador, tendrán aflicción. “En el mundo tendréis aflicción”. No hay aquí invitación

alguna a abandonar el mundo o a desentenderse de él, sino la afirmación clara de que el lugar propio de los cristianos, en esta vida al menos, es en el mundo. Los cristianos son ciudadanos, sí, de una patria mejor; pero no por eso dejan de vivir en este mundo junto al común de las gentes. Esto lo dijo muy bien un cristiano del siglo segundo, quién le escribió al pagano

Diogneto las siguientes líneas acerca de los cristianos y su relación con el mundo:

Los cristianos no se diferencian de los demás por su nacionalidad, por su lenguaje ni por sus costumbres ... Viven en sus propios lugares, pero como transeúntes. Cumplen con todos sus deberes de ciudadanos, pero sufren como extranjeros. Dondequiera que están encuentran su patria, pero su patria no está en ningún lugar ... Se encuentran en la carne, pero no viven según la carne. Viven en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen a todas las leyes, pero viven por encima de lo que las leyes requieren. A todos aman, pero a todos los persiguen.

En otras palabras, que en ellos se cumple lo que dijo Jesús: “En el mundo tendréis aflicción”. En el mundo.

Pero este estar en el mundo no es meramente una inconveniencia del momento. No se trata sencillamente de que estemos en el mundo porque no nos quede otro remedio, y que ya que estamos en el mundo hemos de sufrir aflicción. No. Nuestro estar en el mundo es parte de la voluntad de Dios para nosotros. De igual modo que Jesús nos dice que Él vino al mundo, que “de tal manera amó Dios al mundo”, así también nosotros somos puestos en el mundo por el amor de Dios para ese mundo. Y si sufrimos aflicción ello no se debe sencillamente a que el mundo sea malo y nosotros buenos. Se debe más bien a que somos discípulos del que vino al mundo para ser crucificado. Las aflicciones de los cristianos en el mundo no son mero accidente ni casualidad. Son parte de la esencia misma de lo que Jesús les promete a los discípulos y nos

promete a nosotros. Su promesa, clara e ineludible, es “en el mundo tendréis aflicción”.

Pero la promesa no consiste solamente en eso. Jesús nos dice que nos ha hablado “para que en mí tengáis paz”. “En mí”. No estamos solamente en el mundo. Estamos también en Jesús. Y porque estamos en Jesús, tenemos paz.

El texto no dice que si estamos en Jesús no estamos en el mundo. No dice tampoco que si estamos en el mundo no estamos en Jesús. No, sino que dice todo lo contrario. Dice que estamos a la vez en Jesús y en el mundo. En el mundo tenemos aflicción. En Jesús tenemos paz. Pero el estar en Jesús no nos quita el estar en el mundo. Y en ese doble estar tendremos aflicción y tendremos paz.

A través de toda su historia, la humanidad ha soñado con escapar del mundo. Escapar de esta vida de dudas y conflictos. Escapar de este cuerpo que nos limita y nos ata a la tierra. Escapar de los demás. Escapar de nosotros mismos. Escapar de tanto dolor y tanta miseria. La vida, que es don y es alegría, es también carga y es tristeza. Por ello decía el poeta:

Tengo el alma, Señor, adolorida
por unas penas que no tienen nombres
y no me culpes, no, porque te pida otra patria,
otro siglo y otros hombres.

No es sin razón que algunos se han referido a este mundo como “un valle de lágrimas”.

Pero es precisamente a este mundo, con sus injusticias, con sus dolores, con su incredulidad,

que Jesús vino. Y es en este mundo que él nos ha puesto, prometiéndonos a la vez que tendremos aflicción y que tendremos paz.

Pero aclaremos en qué consisten esa aflicción y esa paz. La aflicción no es sencillamente la que sufren todos los humanos por el mero hecho de vivir en el mundo. Jesús lo dice bien claramente al principio del capítulo. La aflicción consistirá en que “os expulsarán de las sinagogas, y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios”. La aflicción de que Jesús está hablando aquí no es la suerte común de toda la humanidad, sino una condición específica de los que le siguen a él. No se trata sencillamente de que porque estamos en el mundo sufrimos las necesidades, las limitaciones y los dolores de todos los humanos. Eso se da por sentado. Se trata de mucho más que eso. Se trata de que, porque seguimos al Señor crucificado, hemos de llevar nuestra propia cruz.

Y Jesús da una razón bien clara para ese conflicto: “harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”.

Digámoslo de otro modo. Entre el orden del mundo tal y como existe y el orden del mundo tal y como Dios lo desea hay un conflicto inevitable. En el mundo, los primeros son primeros, y los postreros son postreros. Pero, en el orden de Dios, los primeros serán postreros y los postreros serán primeros. En el orden del mundo, tenemos que prestarles atención ante todo a los grandes y los poderosos. En el orden del Evangelio, tenemos que prestarles atención ante todo

a “cualquiera de estos mis hermanos más pequeñitos”. En el orden del mundo, son bienaventurados los ricos. En el orden del Evangelio, son bienaventurados los pobres, y a los ricos les es más difícil entrar al Reino que a un camello pasar por el ojo de una aguja. En el orden del mundo son bienaventurados los que mandan, los que dominan, los que controlan la justicia. En el orden del Evangelio, son bienaventurados los que lloran, los mansos, los pacificadores, los que tienen hambre y sed de justicia. Y porque esos dos Órdenes son incompatibles, Jesús les dice a los primeros discípulos, y nos dice a nosotros los discípulos de ahora, que “en el mundo tendréis aflicción”.

Si tratamos de vivir según el orden del Evangelio, colocando a los pobres antes de los ricos, a los postreros antes de los primeros, a los débiles antes de los poderosos, no cabe duda de que en el mundo tendremos aflicción. Y es posible que esa aflicción, como en el caso de los primeros discípulos, llegue hasta el punto de que nos echen de los círculos religiosos. Porque muchas veces también en esos círculos se les presta atención primero a los primeros, a los ricos, a los poderosos.

O, como diría Jesús, “porque no conocen al Padre ni a mí”. Porque no conocen al Padre cuyo máximo poder se ha manifestado en la aparente debilidad de la cruz de Cristo. Porque no conocen al Señor que, siendo rico, se hizo pobre, para que los pobres humanos por su pobreza fuesen enriquecidos.

“Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”.

Vayamos a un caso concreto. En una hermana república, en este mismo día, hay cristianos que, debido a su convicción cristiana, protestan contra el mal trato que reciben los pobres, los campesinos y los indígenas. Por esa causa han sido asesinados más de una docena de sacerdotes y ministros, y más de cuatro mil líderes laicos, tanto católicos como protestantes. Ya eso de por sí sería tragedia suficiente. Pero la peor tragedia es que muchos de los que los han matado, lo han hecho pensando que rinden servicio a Dios. Creen que Dios quiere que siga existiendo el presente orden de cosas, con toda clase de privilegios para los ricos y para el ejército, y con hambre y miseria para los desheredados. Citando el Evangelio podemos decir que, aunque se llamen cristianos, hacen esto porque no conocen al Padre ni a Jesús. Hacen esto porque no conocen al Dios cuya gloria se revela en la miseria de la cruz, porque no conocen al Cristo que dijo que cuantas veces lo hiciéramos a uno de éstos sus hermanos más pequeñitos a él lo hicimos. Y que cuantas veces nos neguemos a servir a uno de esos hambrientos, desnudos, prisioneros o necesitados, fue a Él que nos negamos a servir.

En el mundo tendréis aflicción. Si en nosotros no se cumple esa promesa, no nos engañemos. Ello no se debe a que el mundo se haya puesto mejor. Ello no se debe a que el conflicto entre el orden del Evangelio y el orden del mundo haya pasado. Ello se debe a que no somos verdaderos

discípulos.

En el mundo tendréis aflicción. Si en nosotros no se cumple esa promesa, olvidémonos de la otra parte de la misma promesa, que en Jesús tendremos paz. Sin estar en el mundo, sin tener aflicción en el mundo, no es posible estar en el Jesús de la cruz, y no es posible por tanto tener su paz.

¿En qué consiste esta paz? Nuestro texto nos lo dice: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”. Nuestra paz consiste precisamente en saber que la victoria no es de los poderosos del momento, sino de la cruz, del Señor crucificado y resucitado.

Cuando Jesús nació, las legiones de Augusto se paseaban por todo el litoral del Mar Mediterráneo, al que los romanos orgullosamente llamaban “mar nuestro”. Pero la victoria final no les pertenecía a esas legiones, sino al niño nacido en humilde pesebre. Cuando Jesús dijo las palabras que venimos estudiando, los poderosos de Jerusalén se confabulaban para destruirle, y poco después lograron darle muerte. Pero la victoria no era de los poderosos, sino de Jesús.

Cuando hoy escuchamos estas palabras, hay grandes poderes que se confabulan para explotar a los pobres, para engañar a los ignorantes, para oprimir a las naciones. Y esos poderes nos han de causar gran aflicción. Si logran apoderarse de las iglesias, quizá hasta nos echan de ellas, como echaron de las sinagogas a los primeros discípulos. En algunos casos, se les dará muerte a quienes traten de vivir según el orden del Evangelio. Por todo esto, hoy tanto como antaño, es

cierto que “en el mundo tendremos aflicción”.

Pero a pesar de ello podemos estar confiados, porque el Señor que nos ha puesto en este mundo, el Señor que nos anunció la aflicción que habría de venir, nos prometió también la victoria. Y lo que es más, por su muerte y resurrección nos ganó ya la victoria. “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (I Juan 5:4-5).

Muchos años antes, Jesús les anunció a sus discípulos, no sólo que él habría de sufrir, sino también que ellos sufrirían oprobio, persecución y muerte. Y entonces les explicó que les anunciaba estas cosas para que no tropezaran, sino, al contrario, “para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

Ahora, uno de sus discípulos les escribe a sus hermanos en Cristo, tras haber experimentado mucho de lo que Jesús anunció. No sabemos a ciencia cierta cuándo ni dónde fue escrita esta carta; pero lo más probable parece ser que fue escrita en Efeso, hacia fines del siglo primero o principios del segundo. Ya los cristianos han sido echados de las sinagogas. Ya Esteban ha sido

muerto a pedradas, mientras Saulo sostenía las ropas de los que le apedreaban. Ya Jacobo ha sido muerto a espada por orden del rey Herodes. Y si alguien pensó que la persecución vendría sólo de parte de los judíos, los acontecimientos se han ocupado de destruir esa ilusión, pues ahora es el Imperio Romano quien persigue a los cristianos. Ya Pedro y Pablo han dado con su sangre testimonio de su fe. Y los mártires no son sólo Pedro y Pablo, sino muchos otros cuyos nombres apenas conocemos.

Y, ahora, cumplida la promesa de Jesús de que “en el mundo tendréis aflicción”, esta epístola les recuerda a los fieles la segunda parte de esa promesa: “más confiad; yo he vencido al mundo”. Y dice por ello nuestra epístola: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”.

“En el mundo tendréis aflicción”, dijo Jesucristo. Y esto lo comprobó Ignacio, aquel anciano obispo de Antioquía que, a principios del siglo segundo, fue condenado a ser devorado por los leones en el circo romano para servir de espectáculo al emperador Trajano y los suyos. “Más confiad, yo he vencido al mundo”, dijo el mismo Jesucristo. Y de ello dio testimonio el mismo Ignacio al escribirles a sus hermanos en la fe: “ahora empiezo a ser discípulo. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios”. Esta es la victoria que vence al mundo. Esta es nuestra fe.

Cuando ese obispo iba camino del martirio, se entrevistó con otro obispo mucho más joven que él, de nombre Policarpo. Muchos años después, cuando Policarpo fue llevado ante las

autoridades romanas, se le conminó a maldecir a Cristo para así salvar su vida, y el ahora anciano Policarpo contestó: “Ochenta años ha que le sirvo y ningún mal me ha hecho. ¿Cómo he de maldecir ahora a mi Señor que me salvó?” Esta es la victoria que vence al mundo.

Pasaron los siglos, y el imperio que antes persiguió a los cristianos tomó el nombre de Cristo, pero no siempre su amor y su mansedumbre. Y surgió entonces una hueste de líderes cristianos que se dedicaron a proteger a los débiles y los pobres frente a la avaricia de los poderosos del imperio. Uno de los muchos ejemplos que podríamos citar es el de Basilio, obispo de Cesarea en Capadocia hacia fines del siglo cuarto. El emperador Valente se preparaba a visitar la ciudad, y envió a uno de sus ministros para preparar su visita y doblegar a Basilio, quien había chocado repetidamente con la autoridad imperial. Cuando el ministro imperial amenazó a Basilio con la pérdida de todos sus bienes, el ministro cristiano le contestó:

–Lo único que poseo que puedas confiscar son estos harapos y unos pocos libros.

–Te mandaré entonces al exilio.

–Tú no tienes el poder de exiliarme, pues dondequiera que me mandes seré huésped de Dios.

–Te haré torturar.

–Ya mi cuerpo está muerto en Cristo.

–Te condenaré a muerte.

–Gracias por tan grande favor, pues así llegaré más presto a mi Dios.

–Nadie se ha atrevido jamás a hablarme de ese modo.

–Quizá ello se deba a que nunca antes te has tropezado con un verdadero ministro de Cristo.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

De igual modo podríamos continuar narrando por horas sin fin los hechos gloriosos de los muchos que por fe han vencido al mundo. Los que dieron su vida en testimonio de su fe. Los que protegieron a los débiles en obediencia a su fe. Los que por fe se atrevieron a enderezar entuertos que no parecían tener solución. Los que por fe marcharon hacia tierras lejanas para dar a conocer el nombre de Cristo.

Ya lo dijo el autor de Hebreos:

Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín. Por la fe Enoc fue traspasado hasta no ver muerte. Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aun no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase. Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia. Por la fé José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel. Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres. Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios. Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca. Por la fe cayeron los muros de Jericó. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes. ¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad ... Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno.

Y todo esto lleva al autor de Hebreos a la conclusión:

Por tanto nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.

En otras palabras, como dijo Jesús: “En el mundo tendréis aflicción. Más confiad; yo he vencido al mundo”.

O, como dice Juan: “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”.

Nótese que tanto Juan como Hebreos establecen una relación entre la victoria y la fe. ¿Por qué? Porque la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Ante los ojos del mundo, Abraham fue un iluso que dejó la tierra de su parentela en pos de una quimera. A los ojos del mundo, Moisés fue un necio que desechó la oportunidad de ser llamado hijo de la hija de Faraón para echar su suerte con una banda de esclavos pobres, miserables e indisciplinados. Ante los ojos del mundo, los mártires malgastaron su vida, ofrendándola en aras de un futuro incierto. Ante los ojos del mundo y del ministro imperial, Basilio no era sino un tonto tozudo y empedernido. Ante los ojos del mundo, como dice el conocido refrán, “más vale pájaro en mano que ciento volando”.

Pero la fe es la convicción de lo que no se ve, la certeza de lo que se espera. Y por ello nuestra fe

es la victoria que vence al mundo. Porque es certeza de lo que se espera, la fe nos permite actuar, no conforme a lo que ven los ojos del mundo, sino conforme a lo que por fe sabemos que ha de venir. Usando los ojos del mundo, Moisés debió haberse contentado con ser nieto de Faraón. Pero la visión de la fe le llevó a echar su suerte con los hijos de Israel. Ante los ojos del mundo, Rahab fue una ramera que traicionó a su patria. Usando los ojos del mundo, Jesús debió haber seguido el consejo de Pedro, y evitar la crucifixión. Pero Hebreos nos dice que Jesús sufrió la cruz “por el gozo puesto delante de él”. Nuestra fe es la victoria que vence al mundo, porque por ella podemos ver las cosas que el mundo no alcanza a ver; porque por ella podemos ver el orden que Dios desea para el mundo.

Veamos dos ejemplos, uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo.

En II Reyes 6 se nos cuenta que el rey de Siria estaba en guerra con Israel, pero que no podía sorprender a los israelitas porque el profeta Eliseo siempre sabía por dónde iban a atacar.

Entonces el rey de Siria, enterado de que Eliseo estaba en la aldea de Dotán, envió a sus ejércitos a adueñarse de la persona del profeta. (Seguir leyendo II Reyes 6:15-23).

En Hechos 7:55-60 se nos cuenta el martirio de Esteban. (Leer).

A primera vista, parece que no hay mucha relación entre estas dos historias. En la primera, Eliseo y los israelitas ganan la partida, pues las tropas sirias caen en manos de los israelitas. En

la segunda, parece ser que Esteban pierde, pues a pesar de su fe es apedreado y muerto.

Pero a pesar de ese contraste hay varios otros puntos de contacto entre ambas historias. El primero de ellos es que tanto Eliseo como Esteban ven lo que sus enemigos no pueden ver. Cuando el criado de Eliseo está a punto de darse por vencido, Eliseo le pide a Dios que abra sus ojos, y entonces el criado ve que las huestes de Jehová, que rodean a los sirios, son más poderosas que el ejército enemigo. Como dice Eliseo, “son más los que están con nosotros que los que están con ellos”. Y Esteban, condenado a muerte, ve lo que sus jueces son incapaces de ver: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios”. La fe es la convicción de lo que no se ve, la certeza de lo que se espera. Y es por ello que esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

El segundo punto de contacto entre ambas historias es que tanto Eliseo como Esteban ruegan por los enemigos vencidos. Eliseo conduce las tropas de Siria a Samaria, donde caen en poder del rey de Israel. Y cuando este le pregunta si ha de darles muerte, Eliseo le contesta que los alimente y los deje regresar a Siria. Y Esteban, al momento mismo de morir, “llamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado”.

¿Por qué es que tanto Eliseo como Esteban pueden perdonar a sus enemigos? Sencillamente, porque saben que no tienen por qué temerles. La razón por la que muchas veces hacemos todo lo posible por destruir al enemigo vencido es que tememos que pueda levantarse de nuevo

contra nosotros, y que la próxima vez nos derrote. Pero la fe es la certeza de lo que se espera. Eliseo sabe que “son más los que están con nosotros que los que están contra nosotros”; en otras palabras, que Jehová reina, que suyo es el reino y el poder, y que por tanto el profeta no tiene que aniquilar al enemigo. Esteban ve la gloria de Dios, y a Jesús a la diestra de Dios. En virtud de esa visión, sabe que en fin de cuentas la victoria es suya, por mucho que ahora los que le apedrean se ensañan con él. Los que por lo pronto parecen victoriosos ya están derrotados, porque Jesús ha vencido al mundo. Y por ello Esteban puede rogar por ellos, que su pecado no les sea tenido en cuenta.

La fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve, es la victoria que ha vencido al mundo.

Pero el punto de contraste entre las historias de Eliseo y de Esteban es también importante. Eliseo logra entregar las tropas de Siria en manos del rey de Israel. Esteban muere apedreado. Lo que esto nos indica es que la victoria de la fe no es siempre evidente. La fe no es una coraza que nos proteja contra toda clase de sufrimiento. Ya lo dijo el Señor Jesús: “En el mundo tendréis aflicción”. En algunos casos, como el de Eliseo, la victoria es evidente, no sólo a los ojos de la fe, sino también a los del mundo. A veces el ángel del Señor abre las puertas, como cuando Pedro y Juan salieron de la cárcel. Pero otras veces las prisiones no se abren, los enemigos parecen triunfar, los sufrimientos aumentan. En tales casos conviene que recordemos que la fe, la victoria que vence al mundo, no es garantía de éxito como el mundo entiende el

éxito, sino que es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Aunque nuestra victoria ha sido ya ganada en Jesucristo, es todavía victoria en esperanza. Aunque por fe veamos al Señor sentado a la diestra del Padre, todavía nuestra victoria está en la convicción de lo que no se ve.

Ya lo dice la Epístola a los Hebreos: Unos “conquistaron reinos, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, pusieron en fuga ejércitos extranjeros...”. Pero “otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada”. Y los unos y los otros hicieron una y otra cosa por fe. Los que evitaron a filo de espada y los que murieron a filo de espada, ambos participaron de la misma fe, de la misma certeza de lo que se espera, de la misma convicción de lo que no se ve. La victoria de la fe no está en el éxito alcanzado, sino en la fidelidad a la visión del futuro, en la obediencia a los propósitos de Dios.

La fe que vence al mundo, la fe bíblica, no es el modo en que nosotros manejamos a Dios para que haga lo que nosotros queremos, sino el modo en que Dios nos lleva a querer lo que él quiere. Hay hoy muchos predicadores muy populares, varios de ellos en la radio y la televisión, que dan a entender que con la fe se resuelven todos los problemas. Si estás enfermo, si quieres más dinero, si quieres mejor empleo, todo lo que tienes que hacer es tener fe y te sanarás, y tendrás más dinero, y tendrás mejor empleo. Pero la cosa no es tan sencilla. Si bien unos evitaron el filo de espada por la fe, otros por la misma fe sufrieron muerte a espada. Si bien

Eliseo venció a los ejércitos de Siria por la fe, Esteban por la fe fue apedreado. La fe no nos garantiza que ganaremos todas las batallas. Lo que sí nos garantiza es que, si nuestras batallas son por las cosas que esperamos con la certeza de la fe, no seremos avergonzados.

Ayer decíamos que el orden del mundo es muy distinto del orden del reino. En el mundo, los primeros son los primeros, y los más importantes son los que son servidos. En el reino, los postreros son primeros, y los más importantes son los que sirven. La fe que vence al mundo es entonces la que nos lleva a vivir, no según el orden del mundo, sino según el orden del reino, la que nos lleva a vivir una vida en la que los postreros son primeros, en la que los mayores son los que sirven. No cabe duda de que si hacemos esto tendremos dificultades. Ya lo dijo nuestro Señor: “En el mundo tendréis aflicción”. Pero tampoco cabe duda de que si hacemos esto seremos fieles a esa fe que es la certeza de lo que se espera, la certeza del Reino venidero, el poder que vence al mundo. Y es por esto que a los discípulos que se acojan a esa fe el Señor les dice también: “Confiad, yo he vencido al mundo”. El mundo, a pesar de sus ruidos y sus pompas, está ya derrotado. Lo que nos toca ahora a nosotros es decidir tomar el partido del Señor victorioso, y asirnos a él por fe. “Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe”.